

RESEÑA DE LIBROS

EDUARDO SANTA, *El pastor y las estrellas, una filosofía de la vida*, Bogotá, Ediciones Príncipe, 1977, 169 págs., 1 h., 22 cm.

Editado en los talleres de Ponce de León Hermanos, con hermosas ilustraciones de Bocquet, Freixas, Serra Masana y Carlos E. Santa, apareció, con fecha 10 de octubre pasado, *El pastor y las estrellas, una filosofía de la vida*, de Eduardo Santa.

En doce capítulos que llevan por título, sucesivamente, *En el arroyo*, *En el bosque*, *Detrás del lucero*, *En el valle*, *En la abadía*, *En la floresta*, *La cacería del rey*, *En el castillo*, *Por los caminos del pasado*, *En la aldea*, *En el río*, *En la ciudad*, se distribuye el contenido del libro. *El pastor y las estrellas* es un relato cuyo asunto, la búsqueda de un objeto lejano, se concreta en una historia de viaje de la cual es argumento — o causa — un sueño premonitorio. Abenámar, anciano pastor jubilado, se ha quedado dormido en el bosque por primera vez y en sueños escucha “una voz muy extraña” que le ordena: “Abenámar, mira ese lucero que brilla por encima del follaje. Mírale bien y síguelo”. El anciano deja a su mujer y parte tras el lucero que, luego sabemos por una voz, se llama El Ideal. Pasa por los lugares que se nombran en el título de cada capítulo y al final, al tiempo que el lucero desciende hacia él, “sintió que su corazón alzaba el vuelo y salía jubiloso a contemplar también el descenso del astro”, y amanece sobre el cuerpo desfallecido del caminante.

Como el libro se subtitula *una filosofía de la vida* y en las solapas se nos dice que en él hay un profundo pensamiento, decidimos emprender un viaje por sus páginas para buscarlo. Encontramos que ya Abenámar, ya Izcai, su mujer, ya el autor, nos descubren que hay “un arpa interior”, “el arpa del espíritu” y que la sabiduría y la felicidad “está en conocer dos mundos y ponerlos a vibrar al unísono: el mundo de las cosas que nos rodean y nuestro propio mundo interior”, según dice el príncipe del castillo en la página 103. Tal pensamiento, que se enmarca dentro de una concepción panteísta de la vida, y que es una particularización de la misma referida al hombre, permea el libro de Eduardo Santa, y en él aparece como contenido explícito e implícito. Ya en las primeras páginas se invoca — por mediación de Abenámar — al dios Panta (pág. 18) y aquí y allí se lee: “No sabía si, en verdad, el bosque se le había metido en el espíritu o si, por el contrario, su alma había penetrado al bosque y lo había poseído por completo. El bosque era él mismo: Abenámar. Su alma se confundía con el bosque [...]” (págs.

29-30), “¿De qué te asombras pues? También has ido al mar y has corrido por los ríos y has brotado en surtidores en la fuente que tienes en frente. También has estado en el aroma de la flor y en el sabor de las frutas [...]. Poco a poco te vas transformando en cosas nuevas y te vas dispersando en todas ellas y te vas diseminando en millones de partículas que hacen parte de millares de cosas” (pág. 119); o se advierte, más veladamente, el panteísmo, en el repetido uso del pronombre-adjetivo *todo*: “Cuando se piensa que todo ello es inútil [...]. Porque todos, desde el herrero hasta el músico [...]. Esta hormiga que ahora veo, perdida entre todo el enjambre [...]. Allí todo el fruto de su esfuerzo [...] el cadáver de una araña para que todas se alimenten. Para ellas el trabajo es de todas [...] el empeño que ponían a todas sus labores [...] bordeado de toda clase de árboles” (pág. 57), “había regado por todas partes” (pág. 58). Pero donde más se acusa el panteísmo, implícitamente y ya en el campo de la expresión, es en el uso de la comparación y la metáfora, tan abundante en esas páginas. Bien sabido es que la metáfora se presta muy bien a la fusión y confusión de dos términos — como el panteísmo — que tienen alguna característica común, y que la comparación es el punto de partida del proceso: “En el camino vio posado sobre un abedul un hermoso ruiseñor. Estaba sobre la rama, como un ovillo de luz [...]. Era tan esbelto y tan delicado que parecía el propio fruto del árbol, y su canto tan dulce y melodioso que parecía más bien la savia del árbol fluyendo al aire en forma de sonidos” (pág. 26), “[...] Abenámar vio [...] los árboles verdecidos de sus propias esperanzas, los troncos caídos de sus sueños trancos, el agua cristalina de sus pensamientos, los ruidos medrosos que hacían sus recuerdos al rodar por la pendiente de la vida, las abejas inquietas de su imaginación [...].” (pág. 30). Una formalización particular — la metáfora, la comparación — se aviene, pues, muy adecuadamente a la forma general del contenido — idea, marco ideológico — de la obra.

Sin embargo, encontramos que la caracterización es bastante deficiente en esta narración. Un carácter es una estructura de rasgos, cuya variedad progresa hacia la unidad, en un sentido. Los rasgos, y por ende el carácter, se manifiestan en el vencimiento de obstáculos para conseguir el objetivo que se fija el personaje. En *El pastor y las estrellas* se menciona el objetivo — alcanzar el lucero, el ideal — pero el autor le brinda a Abenámar un camino bien pavimentado desde el principio, con lo que lo mata como carácter: incluso su ancianidad parece dar paso a una extraña vitalidad, milagrosa fuerza, etc., su anciana mujer se siente regocijada porque la deja abandonada, el bosque por el que camina le ofrece seguro albergue y fácil alimento, un príncipe se aleja de los cuidados de su corte y se hace su protector, los monjes de la abadía le dan posada y el abad se queda embelesado — como antes el príncipe y luego los mercaderes — con la sabiduría del cabrero recién llegado: *todo* se desentiende de sus quehaceres habituales para ocuparse del caramillo y las palabras del recién llegado Abenámar. Típico ejemplo de esta condi-

ción descaracterizadora es la salida del castillo: se nos ha dicho al principio que la puerta de entrada está bien custodiada, que tiene puente y foso, pero Abenámár sale sin que nadie lo sepa, como quien se toma un vaso de agua, porque así le vino en gana (págs. 115-116). Un personaje sin obstáculos qué vencer, Abenámár, no puede desarrollarse en un sentido, no puede estar orientado, desde un principio está idealmente completo. A la ausencia de obstáculos que evidencien la aplicación de la voluntad de Abenámár a la consecución de un objetivo, a la presencia de un camino fácil, expedito, sigue la distracción del personaje: desentendido del esfuerzo que debería ejercer hacia una finalidad, se dedica a otras actividades en cada etapa del viaje, principalmente a predicar y a definir la sabiduría según órdenes de Eduardo Santa, a definir la felicidad y la vida, ante quien sea y donde sea, definiciones que realmente se orientan al lector, auditor de toda hora. Paralelamente a Abenámár, los demás personajes se distraen, a su turno, de lo que hacen y han sido o se supone han sido y *todos* se dedican — en un todismo descaracterizador — a oír y admirar al cabrero, su “filosofía y su poesía”: “— Peregrino: tocas muy bien el caramillo. Todos estamos admirados de tu destreza [...]” (pág. 63), “— Soy el príncipe Abdul, hijo del rey más poderoso de la tierra. Quiero llevarte al castillo para que todos puedan escuchar tu música y aprender tus palabras. Porque eres a la vez pastor, músico y filósofo” (pág. 104). “Y entonces Abenámár, a petición de todos, empezó a tocar el caramillo” (pág. 107). “Entonces toda la multitud calló y todos pusieron sus ojos en el caramillo que Abenámár todavía tenía entre sus manos [...]” (pág. 161). En el libro se observa la existencia de los buenos *a natura* y los malos *a natura*, en un curioso maniqueísmo, según estén o no de acuerdo con Abenámár: el rey y sus súbditos, los monjes penitentes, los músicos del pueblo, el hombre de las jaulas, son los malos; Abenámár, Izcai, el monje del huerto, el príncipe, los pájaros, los árboles, etc., los buenos. Al desaparecer la caracterización por la acción del personaje — caracterización indirecta —, surge, inmediatamente y como consecuencia, la caracterización por descripción — directa —. Y esta última, en que consiste una de las fallas del libro, se deja ver en el abundante uso del verbo *ser*, en la fijación del *estado*, en el prurito de la definición, ya por parte del autor, directamente, ya por parte de sus personajes: “La voz del agua [...] es distinta en el arroyo, porque es delgada [...]. El agua es niña en el arroyo, [es] adulta en la turbulencia de los ríos, y [es] fuerte y serena [...]”. “Los arroyos, lo mismo que los ríos y los mares, son superiores [...]” (pág. 16). “Cosa vana es el tiempo. El cielo está cuajado de estrellas y ellas están ahí [...]. El tiempo es [...]. ¿Es esto [...]” (pág. 17). El verbo *ser* es el de mayor abundancia en la obra.

El pastor y las estrellas, por su asunto — viaje —, el exotismo de sus personajes — musulmanes —, el exotismo y lejanía de objetos y lugares — camellos, cisnes, castillos, ruinas romanas —, la lejanía en el tiempo — el medioevo —, no menos que por la voluntad preciosista que

se observa en la forma expresiva (si bien poco adecuada a veces), particularmente en el nivel del vocabulario, así como en la cuidada forma material del volumen, es un fruto tardío de lo que en Colombia se ha llamado, tradicionalmente, modernismo literario. No hay duda que por la hermosa idea que lo alienta, es intemporal.

ERNESTO PORRAS COLLANTES.

Instituto Caro y Cuervo.

JUAN A. HASLER, *Étimos latinos, griegos y nahuas*, Jalapa, Universidad Veracruzana, Biblioteca de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, 1964, 155 págs.

Juan A. Hasler, actual profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle y antes de la Universidad Veracruzana de Méjico, se ha destacado sobre todo en los estudios de americanística, particularmente en la investigación de lenguas aborígenes de Méjico.

El libro que presentamos aquí da testimonio de su interés por los estudios clásicos (griego y latín) junto con la americanística (náhuatl).

Tras una *Justificación* en que se explican los caracteres y objetivos de la obra, viene la primera parte (la referente al griego), en la que, después de explicar la *Finalidad* de esta parte, se tratan *Los sonidos*, *El alfabeto*, *Préstamos* (en donde se explican las reglas de transformación de las voces griegas en castellanas), *Vocabulario* (ordenado según la calidad de los fonemas iniciales de los étimos griegos), *Composición de las palabras* (*Los prefijos*, *Los sufijos*, *Las palabras compuestas*) y *Vocabularios especiales* (dos listas de cultismos griegos, la primera especialmente relacionada con ciencias humanas y la segunda con ciencias naturales o técnicas).

La parte latina tiene distribución similar a la griega, con un poco más de énfasis en las reglas de correspondencias latino-españolas que conforman un breve sumario de fonética histórica, y con algunas nociones sobre el desarrollo del latín.

La parte nahua, con una introducción histórica en que se dan nociones muy útiles y claras sobre las lenguas indígenas de Méjico y su distribución geográfica, consta además de nociones de fonética, grafía y cambios fonéticos, de nociones de morfemática, de *Ejercicios*, que también tienen las otras dos partes.

Algunos puntos que podrían revisarse para mejorar la obra:

a) "el nuevo triángulo quita ambivalencia a la ypsilon, que definitivamente queda como sonido central (como la *ü* alemana o la *u* francesa)" (pág. 68). Habría que reformular este enunciado para que no permita creer que el latín poseyó la [ü].